

Una característica de la civilización egipcia, cuya historia se parece mucho a la de China, fue que, invadida varias veces por el extranjero siempre absorbió al invasor y acabó por recobrar su nivel anterior a la invasión. Mientras los hyksos reinaban en el Bajo Egipto, el Egipto antiguo, tributario a veces, pero autónomo en el fondo, seguía viviendo en Tebas sin modificarse. Mediante largas guerras al fin venció el partido indígena. Las dinastías XVIII y XIX fundaron un imperio nuevo, más poderoso que cuántos había habido en el valle del Nilo. Egipto conquistado se vuelve conquistador. Los ejércitos de Thutmosis y de los Ramsés recorren Siria triunfalmente.

Es típico de las civilizaciones de origen confuso, como China, Egipto y Babilonia, un gran orgullo y un desprecio total al bárbaro, a veces más energético y más moral que ellas, gran aborrecedor de las costumbres mandarínicas y de la manía de reglamentar la administración. Victorioso por su insistencia, el egipcio trató a los semitas de Egipto y de Siria como un gobernador chino trata a rebeldes bárbaros. Los verdaderos egipcios sentían gran antipatía por los pastores. Hay que creer que algunos de aquellos Beni-Israel, por lo menos los josefitas, se habían beneficiado de los actos y favores de los hyksos. Todo cambió según el narrador bíblico «cuando vino un rey que no había conocido a José». Los israelitas perdieron todos los privilegios que les había otorgado la dinastía derrotada, y cayeron en la miseria. Para vivir tuvieron que transformarse en obreros y prestarse a los trabajos más duros. Las obras públicas tenían entonces asombrosa importancia en Egipto, y para construir dichas obras llamó Ramsés II a los beduinos de la península sinaítica y del Sur de Canaán. Los Beni-Israel se emplearon para modelar ladrillos de tierra y paja, que se secaban al sol. El trabajo no hubiera sido muy duro si no hubieran tenido que ir a buscar la paja. Para tribus nobles que creían envilecedor el trabajo era esto el colmo de la vergüenza y de la desdicha. Eran constantes las disputas entre unas pobres que se encontraban abrumadas de trabajo y gentes rígidas que a cada reclamación daban siempre la respuesta que se da al obrero: «Márchate; eres un holgazán.»

A lo largo del reinado de Ramsés II, fue imposible cualquier idea revo-

lucionaria; pero las grandezas militares de aquel reinado y las construcciones extraordinarias de entonces produjeron su efecto ordinario. Los últimos años del Luis XIV egipcio se caracterizaron por una grave decadencia. Su sucesor, Menephtal, conoció el principio de la rebelión. Carios, pelasgos, lidios, libios y otros bárbaros se lanzaron sobre el Occidente del Delta, no sólo con ánimo de saquear, sino también de establecerse. Menephtal al principio los derrotó, pero luego los bárbaros obtuvieron lo que querían. Entonces debieron de establecerse los filisteos en la costa vecina de Egipto, país donde no abundaban los cananeos. En el tiempo de Setui II, eran muy débiles los faraones. Egipto no tenía poder alguno fuera de sus fronteras, y en el interior existía una especie de descomposición social. Los esclavos se rebelaban. En muchos sitios, los pueblos asiáticos que habían sido hechos prisioneros y condenados a duros trabajos se declararon dueños del país. Grupos enteros ganaban la península sinaítica, triste país, pero en el que por lo menos se vivía libre del recaudador.

Unos de los fugitivos eran los Beni-Israel. Los domiciliados en Gozen no habían perdido totalmente las costumbres de la vida nómada. Los beduinos, tales como los amalek, los cuales acampaban en las cercanías de los Lagos Amargos, les daban envidia, y les traían en cierto modo el viento del desierto. Parece que los Beni-Israel planearon la evasión en Pa-Ramsés, donde vivían hacinados fabricando ladrillos. Los *lévis* y otros egipcios del pueblo bajo que estaban mezclados con ellos, tomaron parte en la maquinación. Algunos egipcios libres, descontentos de la dinastía, pudieron unirse con ellos. Lo curioso es que más adelante los Beni-Israel presumieron de haber robado a los egipcios de Pa-Ramsés, llevándose consigo objetos preciosos que habían pedido prestados.

¿Qué se debe pensar del hombre colosal entre las grandes figuras míticas de la humanidad, que surge entonces, y que tuvo mucha importancia, según los antiguos relatos, en esta huida de Israel? Difícil es decirlo. Moisés está lleno de leyenda, y aunque su existencia sea muy probable, es imposible hablar de él como de los demás hombres divinizados o transformados. Su nombre parece egipcio. Mosé debe ser el nombre de Ahmos o Amosis, apocopado. Según la tradición que nos ha llegado, Moisés era un *leví*, y hemos visto que con ese nombre se designaba a los egipcios necesarios al culto, que siguieron a Israel al desierto. El nombre de Aharón debe de proceder de iguales combinaciones. Moisés aparece primeramente como criado por egipcios y funcionario egipcio, y se añade una leyenda a su nacimiento y al abandono sobre el Nilo. La circunstancia de matar a un egipcio en un momento de indignación instintiva es muy verosímil. Su contacto con los madianitas árabes, especie de hebreos no esclavizados por Egipto, y con los kenitas idumeos, especialmente con un tal Ieter o Letro, con cuya hija parece que se casó, puede tener un carácter semihistórico. ¿Fue realmente el jefe de la rebelión y el guía de Israel fugitivo?... Que un funcionario egipcio, de raza mixta, encargado de vigilar a sus hermanos, representase un papel semejante al de los mulatos de Santo Domingo y fuera el autor de la liberación, es se-

guramente posible. Pero posible es también que todos estos relatos del Exodo, llenos de tanta fábula, sean más míticos de lo supuesto y que sólo sea cierta la salida de Egipto y la entrada en la península del Sinaí.

Anteriormente al abandono de Pa-Ramsés, los israelitas y sus compañeros no tenían ya más deseo que el de huir de la tiranía del faraón. Si entonces pensaron en conquistar aquella tierra de Canaán, recorrida por sus antepasados nómadas, debió ser de una manera muy vaga. Lo primero era salir de Egipto, y para ello se les presentaban dos itinerarios. Uno sería ir por el Nordeste al Mediterráneo, siguiendo luego el único camino que siempre ha llevado de Siria a Egipto, a lo largo del mar. Pero los nómadas siempre fueron poco aficionados a los caminos reales. Además, una razón decisiva apartó de esta ruta a los fugitivos. A los pocos días de marcha habrían encontrado a los filisteos, que entonces tenían una organización militar muy fuerte. Los israelitas y los emigrantes que los acompañaban, apenas estaban armados, y la lucha con estos rudos guerreros habría sido muy desigual. Decidieron, pues, ir por el Sudeste y llegar lo antes posible a la península del Sinaí. Llegaron, habiendo acampado tres veces, al lugar llamado Pi-Hahirof por los semitas, frente al campo atrincherado de los hyksos, abandonado y destruido desde el tiempo de Ahmos I.

Entonces la parte del Mar Rojo que ahora acaba en Suez en una playa poco profunda, penetraba, tierra adentro, en forma de laguna y se unía por una serie de lagos y de infiltraciones subterráneas a la cuenca de los lagos Amargos. En realidad las aguas del Mar Rojo llegaban hasta lo que hoy se llama Serapeum. El que pasaba de Egipto a Asia, dejando aquél al Norte, tenía que atravesar las charcas de agua que formaba el Mar Rojo, aunque en ciertos sitios apenas si había agua. Sin embargo, el paso tenía sus peligros. La marea en aquellos callejones angostos podía tener caprichos raros con ciertos vientos y en ciertas épocas del año, y si no se escogía bien la hora, se exponía el viajero a verse cercado y en peligro de perecer en los arenales movedizos. Verdaderamente la imaginación popular exageraba la lista de los accidentes realmente ocurridos y gustaba de imaginar caravanas y ejércitos sumergidos. Se supone que, en aquel momento difícil del viaje, sintieron los fugitivos un terror que les impresionó grandemente. Pero los cuentos populares sobre los peligros del paso pudieron ser suficientes para crear la leyenda sagrada del paso del Mar Rojo exuberantemente maravillosa, que más adelante se inventó.

De todas las fábulas que llenan tal leyenda, la más inverosímil fue la de un ataque de los egipcios contra los fugitivos, que constituyó terrible desastre para el ejército faraónico. A consecuencia del debilitamiento dinástico de Egipto, ya no dominaban los soberanos de un modo efectivo en el istmo, y un fugitivo que pasara los lagos Amargos estaba bien seguro de su libertad. Nada puede tampoco hacernos suponer que el gobierno egipcio quisiera conservar con él a la fuerza a unos grupos de extranjeros, cuya presencia le era por lo menos inútil. Todo lo que se relató más adelante respecto al éxodo de Israel demuestra que no se tenía de ello ningún recuerdo directo, y que donde se formó la leyenda no había

idea exacta de la época y circunstancia en que ocurrió el acontecimiento.